

EL GUSTO DE DIOS* La Lectio Divina

EL NOVICIO:

Un hombre que aprende a leer

En su libro "El sentido de la vida monástica", el Padre Louis Bouyer escribe refiriéndose a la "Lectio Divina": "Se puede decir que esta lectura es la práctica monástica. Debe ser para el monje lo que son los "Ejercicios" para el jesuita, la oración metódica para el sulpiciano, la oración contemplativa para el carmelita, etc..." (Louis Bouyer: *Le sens de la vie monastique*. Bréjols, p. 257).

Es también mi convicción y yo querría ayudar a los hermanos del noviciado a aprovechar sus años de formación para adquirir, junto con el gusto por la Escritura, una práctica correcta de la Lectio Divina. Para concretar, ¿cómo se la realiza en el Noviciado?

— El tiempo reservado a la Lectio es esencialmente el tiempo que sigue al oficio de Laudes. Después del desayuno, los hermanos pueden tener una buena hora de Lectio. Cada uno debe velar para no reducir ese tiempo que se le ha señalado y —¿por qué no?— prolongarla, cuando es posible, en otro momento del día: la Regla prevé un complemento de la Lectio de la mañana, al final de la jornada, para el período de invierno; y, para el verano, a las dos horas de Lectio del final de la mañana, los voluntarios pueden agregar un momento ... tomado de la siesta (cap. 48 de la Regla).

— El lugar de la Lectio: es la celda, donde el monje aprende a habitar consigo mismo bajo la mirada de Dios.

— El objeto de la Lectio: es, en prioridad, la Escritura (Antiguo y Nuevo Testamento) con la que el monje debe familiarizarse... y el gusto llega como fruto de la perseverancia, de una larga paciencia a veces. Es necesaria una pedagogía adaptada a cada uno para adentrarse en la Escritura: no todos comenzarán por una lectura continuada de la Biblia, desde el Génesis hasta el Apocalipsis. Es importante ubicar qué parte de la Escritura será, para cada uno, la mejor puerta de entrada. Los textos de la liturgia pueden ser un buen punto de partida. El tiempo consagrado a la Lectio propiamente dicha puede variar para cada hermano según esté más o menos avanzado en los años de formación... Es mejor comenzar despacio y llegar hasta el final...

— El fin de la Lectio: es la *conversión* del monje, es decir, la transformación del corazón. Cuando el monje hace su Lectio es alguien que se pone a la escucha de Alguien. Se da, entonces, un encuentro entre dos personas: Cristo y el monje, se trate, por otra parte, ya sea del Antiguo o del Nuevo Testamento.

* De "Présence d'En Calcat", N° 84, septiembre de 1984.

“Pienso que hoy, como lo han hecho los Padres, no hay otro medio de leer —digo “en lectio”, no en un curso de Sagrada Escritura— no hay otra forma de leer el Antiguo Testamento que exactamente como el Evangelio; es el Evangelio hoy para nosotros; en el Antiguo Testamento lo único que hay es Cristo... Toda la Escritura es Cristo”.

(Dom A. Louf. *Témoignage*. Dossier Tamié 79, La Lectio Divina, p. 360).

La Escritura es Cristo. Es por esto, sin duda, por lo que san Benito en el Prólogo de la Regla, personifica a la Escritura... lo mismo en el capítulo 7.

Pról. 8: “Levantémonos, pues, de una vez que la Escritura nos *espabila...*”

Cap. 7, 1: “La divina Escritura, hermanos, nos dice a gritos...”.

El monje, en la Lectio, es pues, el hombre que se deja despertar por Cristo, llamar por El:

“Cuando rezamos, hablamos a Dios, pero cuando leemos, es Dios quien nos habla. Todo progreso nace de la lectura y de la meditación. Porque aquello que no sabemos lo aprendemos por la lectura, pero lo que hemos ya aprendido lo conservamos por la meditación” (san Isidoro de Sevilla), y también: “A medida que, por la meditación de las Escrituras nuestro espíritu se renueva, el aspecto de las Escrituras comienza, también, a renovarse y la belleza de una significación más sagrada va creciendo, por así decir, en la medida de nuestro progreso” (Juan Casiano).

El hermano, durante su formación, seguirá pues cursos de Sagrada Escritura, pero durante la Lectio se trata de otra cosa. No es el momento de hacer exégesis, ni de preparar un deber o una exposición... La “lectio” es una lectura *gratuita* de la Escritura, que depende mucho menos de la *reflexión* que del *consentimiento*.

Se trata, en efecto, de una Palabra que se debe recibir, es decir, “escuchar” y “poner en práctica”... una palabra para la conversión de quien la recibe. Será necesario, entonces, procurar un clima para la Lectio; el silencio exterior e interior, la serenidad del espíritu, la lentitud en la lectura ... y, abarcándolo todo, la oración de preparación.

“No te acerques a las palabras misteriosas de la Escritura sin orar, sin pedir la ayuda de Dios. Di: “Señor, permíteme percibir la potencia que hay en ellas”. Considera la oración como la llave para percibir la verdad de la Escritura” (Isaac el Sirio).

La oración antes de la Lectio, el clima de la Lectio: (postura del cuerpo; atención del espíritu, silencio), todo eso contribuye a poner al monje en estado de espera y de atención para que la Palabra pueda tocarlo y despertar en él al hombre nuevo, al creyente:

“La Palabra de Dios hoy puede exigir de mí algo que no me había exigido ayer y es por esto que debo estrictamente, para escuchar la exigencia, estar profundamente abierto y atento...”

... El hombre es el ser que fue creado como oyente de la Palabra. En lo más íntimo de su ser fue pensado como formando parte de un diálogo” (Hans Urs Von Balthasar, *La prière contemplative* — Fayard, 1972, p. 18...20).

Toda la Lectio es para este diálogo entre Cristo y el lector, como entre Jesús y Zaqueo, diálogo a través del cual llega la salvación. “Hoy ha llegado la salvación a esta casa...” *Lc* 19,9.

A su modo, una novicia cisterciense dijo muy bien cómo la Lectio Divina es una “lectura para cambiar la vida”, para la conversión.

“Leer la Escritura hasta que un vocablo se haga “palabra” (un llamado para mí). Este vocablo me permitirá unificar mi vida, encontrar una actitud interior. Esta palabra que Dios nos dirige nos ayudará a “leer” nuestra jornada. Se podría decir que toda la vida monástica es una Lectio Divina ininterrumpida”.

Para terminar ¿qué modelo más exacto, qué guía más segura para evocar e invocar que la Virgen María en quien la Palabra se hizo carne “para nosotros y para nuestra salvación”?

“Termino con una imagen iconográfica que amo extraordinariamente. Cuando Elredo comenta la Anunciación supone — y es una constante en la tradición— supone que la Virgen está sumida en la Palabra de Dios. No está en San Lucas pero es una constante en la tradición, es una constante iconográfica —pensad en los primitivos flamencos y en otros— veréis siempre a la Virgen sumida en la Palabra de Dios en el momento de la realización misma, en el momento en que tiene lugar ese paso extraordinario de la letra al Espíritu y hay algunos pintores que representaron a la Virgen con la mano izquierda sobre la Palabra y la mano derecha sobre su corazón en el que el Verbo mismo de Dios acaba de encarnarse.

Una mano sobre la Palabra y una mano sobre nuestro corazón donde cada día la Palabra es verdaderamente engendrada, donde el Verbo se hace carne en nosotros y donde ya nos introducé en la Jerusalén celestial. Estamos allí siempre en el eje de dos etapas, en el encuentro de dos Testamentos... y la Virgen era profetisa, “poeta” de la Palabra puesto que ella realiza la Palabra en su corazón y en su cuerpo...” (*Testimonio* de Dom A. Louf Tamie, 79, la Lectio Divina, p. 363).

Una mano en la Palabra, una mano en el corazón... las dos manos de este obreiro que “el Señor busca entre la muchedumbre del pueblo al que endereza su llamado” (Prólogo de la Regla)... dos manos abiertas para recibir y para dar a fin de que en cada uno de nosotros se realice la Obra de Dios.

EL MONJE:

“Un hombre que lee”

En su comentario a la Regla de san Benito el Padre A. de Vogüé escribe refi-

riéndose a la expresión "Lectio Divina":

"Como en el francés "Lectura", en el latín "Lectio" es un término ambiguo que puede designar tanto el acto de leer como el texto leído. Es en este último sentido que es necesario entender la expresión "Lectio Divina": Designa el texto inspirado por Dios, la Sagrada Escritura. "*Vacare lectioni divinae*", es, entonces, "dedicarse a la Biblia" (Tom. VII, p. 345).

Toda la tradición monástica, desde los orígenes, presenta al monje como un hombre que "se dedica a la Biblia", así como uno va o se dedica a sus asuntos. Es una ocupación cotidiana y central de su vida.

En el encuentro de maestros y maestras de novicios benedictinos y cistercienses en Tamié, en enero del 79, el P. Luis Leloir comenzaba su conferencia sobre la "Lectio Divina" según los Padres del Desierto citando estas palabras "de fe" del profesor Daniel OLIVIER en "La Croix" del domingo 7 y lunes 8 de septiembre de 1975:

"Para que una comunidad de monjes pueda funcionar, es suficiente una Biblia...; nada iguala la importancia para la Iglesia de estas comunidades de creyentes concentrados "todo el día" en las palabras de las cuales todos vivimos... Mientras haya monjes, habrá en la Iglesia un lugar donde la Escritura será leída y cantada a toda hora del día". Y "la historia enseña que la Iglesia no tiene verdaderamente ningún interés en sacrificar la prioridad de la Palabra de Dios".

Palabras de estímulo para permanecer fieles a nuestra lectio cotidiana para la verdad de nuestra vida y de nuestra presencia en la Iglesia y en el mundo. La Lectio Divina es una constante en la tradición monástica.

Un hermano hacía destacar que con la experiencia de los ancianos, de la Tradición, en relación con la necesaria invención de formas nuevas de vida, sucedía como con el hecho de manejar en la autopista. Cuanto más se quiere avanzar, ir adelante, más es necesario poner los ojos en el retrovisor... En lo que respecta a la Lectio, dos conferencias de la Hna. Lazare de Saint Thierry sobre "*Lectio Divina* y Regla benedictina" y "*Lectio Divina* y cultura", que leí en la documentación sobre "*Lectio Divina*", Tamié 79, me mostraron esa mirada a la Tradición para asegurar la orientación de marcha y afirmar mis pasos. Esas conferencias están en las páginas 163 y 367. Quiero solamente hacer notar algunos puntos y pasajes de que me han aclarado ciertos interrogantes con referencia a la *Lectio Divina*.

LECTIO DIVINA Y CULTURA

— La Lectio como "acto de lectura" ¿es la expresión de un tipo de cultura o, por el contrario, el monje siempre ha sido un "hombre que lee"?

"Una primera constatación masiva se impone: en todas las Reglas (antiguas)

se menciona la Lectura; el monje es un hombre que lee, es parte de su definición. Testigos de esto es el cuadro de los comienzos monásticos de Romano.

“Llevando semillas y un pico, el bienaventurado comenzó... practicando asiduamente la oración y la *lectura*, a satisfacer, por medio del trabajo manual, según la institución monástica, las necesidades de una modesta existencia” (Vida de los Padres del Jura, 10).

Nos encontramos aquí con el tema de la cultura: el monje lee aún en un medio de cultura oral. Los grupos de Egipto en el siglo IV, a la inversa de los de Alejandría, tenían un tipo de cultura oral; pero el monje pacomiano comenzaba su iniciación aprendiendo a leer. La cultura galo-romana en la Provenza del siglo IV era de tipo escrita pero las mujeres, por lo general, eran iletradas; sin embargo, Cesáreo prescribirá en su Regla a las monjas “que todas aprendan a leer”.

Efectivamente, cuando se trata de la Lectura monástica no es la cultura de una época o de una región lo que importa; el punto de *partida* es *otro*: la Revelación divina ha producido un Libro; buscar a Dios requiere que uno se ponga en contacto con ese Libro. Para el cristiano de los primeros siglos podía bastar el escuchar proclamar en la Iglesia las palabras de ese Libro; para el monje será necesario poder tener con estas palabras un contacto personal directo; tendrá que hacerse capaz de proclamar las Lecturas cuando los Hermanos se reúnen. Si el monje se niega a aprender a leer, significa que es negligente y perezoso en el servicio del Señor (p. 166).

— ¿Y si el maestro de novicios pertenece a una cultura distinta de la del joven hermano que llega? Pienso para la Lectio lo mismo que pienso para la oración. Hay ancianos que comunican con su ejemplo y su fidelidad el gusto de orar... pero cada uno debe vivir su propia aventura de la oración...

Debía, pues, hacer nacer el gusto de la Lectio en el novicio, acompañarlo en sus primeros pasos, por un esfuerzo pedagógico. Lo que dice la Hna. Lazare me ha parecido esclarecedor y estimulante:

“La exigencia monástica de la lectio divina es la pureza de corazón (cfr. Casiano), no tal o cual tipo de cultura intelectual; el joven será verdaderamente monje cuando no haya dos partes en él: la pureza de corazón y el análisis estructural, sino cuando haya descubierto cómo el análisis estructural puede ser uno de los ejercicios ascéticos que labran a la persona en su totalidad para que la penetre y germine la simiente del Espíritu Santo. Este descubrimiento, probablemente lo hará por sí mismo pues su Padre Maestro podrá solamente darle un deseo profundo de él, viviendo él mismo en la unidad, no oponiendo ambas partes sino integrando todo su ser en la purificación del corazón. Poco importa, entonces, que el Padre Maestro sea de otra cultura; para él el despojamiento radical se vivirá en el diálogo con un joven que habla “otra lengua” y es en ese despojamiento como podrá ser un transmisor.

Nuestro propósito es que un monje de hoy se deje alcanzar por la Palabra de Dios; esto exige que la cultura que lo ha formado sea asumida en él; esto exige también que reconozcamos la originalidad radical, en esa

cultura, de la Lectio Divina, una originalidad que procede no de un tipo de lectura tomada de otra cultura intelectual, 'pasada o extranjera, sino que procede de ese mismo acto" (Documentación Tamié 79. La *Lectio Divina*, pp. 377-378).

LA IMPORTANCIA DE LA LECTIO EN LA REGLA DE SAN BENITO

La importancia de la Lectio en la Regla se mide por el tiempo que le ha sido consagrado tanto si se trata de la lectura individual como de la lectura escuchada en comunidad.

Cap. 8,3: "El tiempo que resta después de acabadas las vigiliás, lo emplearán los hermanos que así lo necesiten en el estudio de los salmos y de las lecturas".

48, 4-5: En verano: "Desde la hora cuarta hasta el oficio de sexta se dedicarán a la lectura. Después de sexta, al levantarse de la mesa, descansarán en sus lechos con un silencio absoluto, o, si alguien desea leer particularmente, hágalo para sí solo, de manera que no moleste".

48, 10-13: En invierno "... se dedicarán a la lectura hasta el final de la segunda hora...

Después de comer se ocuparán en sus lecturas o en los salmos...".

48, 22-23: "Los domingos se ocuparán todos en la lectura, menos los que estén designados para algún servicio. Pero a quien sea tan negligente y perezoso que no quiera o no pueda dedicarse a la *meditatio* o a la lectura, se le asignará alguna labor para que no esté desocupado".

48, 14-16: "Durante la cuaresma dedíquense a la lectura desde por la mañana hasta finalizar la hora tercera...

En esos días de cuaresma recibirá cada uno su códice de la Biblia, que leerán por su orden y enteramente; estos códices se entregarán al principio de la cuaresma".

Es, entonces, durante el año, y dos horas por día, que los hermanos se dedicarán a la *Lectio* pudiéndose agregar un complemento después de la cena y durante el descanso para quienes lo deseen.

La Cuaresma está marcada por un tiempo más largo de *Lectio*; tres horas seguidas... y el domingo pareciera estarle especialmente reservado. Hay también lecturas escuchadas en comunidad:

Cap. 8 a 18: en el Oficio.

Cap. 38,1: en el refectorio: "En la mesa de los hermanos nunca debe faltar la lectura".

Cap. 42, 3-4: después de la cena: "En todo tiempo, sea o no de ayuno —si se ha cenado, en cuanto se levanten de la mesa— se reunirán todos sentados en un lugar en que alguien lea las *Colaciones* o las *Vidas de los*

- *Padres* o cualquier otra cosa que edifique a los oyentes; pero no el Heptateuço o los libros de los Reyes, porque a los espíritus débiles no les hará bien escuchar a esas horas estas Escrituras; léanse en otro momento”.

Fuera del tiempo que la Regla otorga a la *Lectio* dos reflexiones de las conferencias de la Hna. Lazare (*Lectio Divina* y Regla Benedictina, p. 175) me parece que destacan también su importancia.

Después de destacar la confianza que se le da a los hermanos en la Regla benedictina, frente a la estricta vigilancia de que son objeto en la Regla del Maestro, la Hermana prosigue:

“Dos casos de control quedan sin embargo: la inspección de los lechos (cap. 55) para el caso de que un hermano se haya apropiado de cualquier objeto; el control de la lectura por parte de los ancianos para que los hermanos no se entreguen a la conversación (cap. 48). Tal vez es uno de los signos más fuertes del valor que tiene la lectura para el monje; es tan fundamental como la desposesión absoluta de la que hizo voto solemnemente al despojarse de todo por su profesión. Es signo, también, de la dificultad de la lectura: conlleva tentaciones y, sobre todo, la de abandonarla; es el lugar, por excelencia, de la *acedia* para el cenobita; no se encuentra este término en otra parte de la Regla Benedictina pero su simple mención indica la aspereza del combate espiritual”.

La segunda reflexión destacable en la conferencia de la Hna. Lazare que subraya la importancia de la *Lectio* como tiempo de “encuentro con Dios”, tiempo de gracia: la *Lectio* esta ligada en la Regla “a tres tiempos particularmente santos: el Domingo (cap. 48), la Cuaresma (Cap. 49), la noche (Cap. 42). Estos tiempos son tiempos de gracia; la respuesta personal de los hermanos se traduce, especialmente, por la aplicación a la *Lectio Divina*; la lectura de la noche tendrá un carácter muy totalizante, en el movimiento de una comunidad que entra en el silencio de la noche: a este silencio, anunciado en el título del cap. 42, se llegará solamente al final; para conseguirlo, es necesario que los hermanos se reúnan en la unidad y que la lectura fije los corazones en las cosas de Dios. Entonces podrán rezar juntos y después hacer silencio hasta reiniciar las actividades al día siguiente. No se puede señalar mejor el lugar de la lectura en la unidad de vida” (pág. 175).

El lugar que la Regla señala a la *Lectio* y el sentido que le da ya están contenidos como un llamado y una esperanza en la primera palabra y en los primeros versículos del Prólogo (1-2):

“ESCUCHA, hijo estos preceptos de un maestro, aguza el oído de tu corazón; acoge con gusto esta exhortación de un padre entrañable y ponla en práctica, para que por tu obediencia laboriosa retornes a Dios, del que te habías alejado por una indolente desobediencia.

Un corazón que escucha para poner en práctica y retornar al Dios que busca es lo que debería ser un monje que se “dedica a su *lectio*”.

“Que el lector, con un corazón recto, cuide de no hacer obedecer las Escrituras a su propio sentimiento sino de hacer obedecer su sentimiento

propio a las Sagradas Escrituras" (Primera frase de una pequeña Regla posterior a san Benito: *Regula cujusdam Patris ad Monachos. Revue d'Histoire de la Spiritualité*, t. 49 (1973), p. 3-36.

Traducción del francés

María Delia Alonso, osb – Monasterio Gaudium Mariae

Abbaye Saint-Benoît d'En Calcat"
81110 Dourgne, Francia

f. ANDRE-JEAN

